

## 17º Capítulo del Abad General OCist para el CFM – 13.09.2013

Decía ayer que san Benito utiliza por tres veces el término “*operarius*”. Pocas, pero significativas.

Precisamente, el primero está al comienzo, cuando dice que nuestra vocación nace con la búsqueda, por parte de Dios, de un obrero en medio de la multitud que desee la vida y la felicidad (Pról. 14-15). Así pues, se entiende que la obra que Dios quiere cumplir, y a la que nos llama a colaborar, es la felicidad de nuestra vida, la plenitud de la vida humana en Cristo, por lo tanto, la vida filial, como hemos visto.

Las otras dos menciones del obrero en la Regla están en el capítulo 7º sobre la humildad. La primera, en el sexto grado de humildad, el grado en el que la humildad consiste en estar contentos con todo, incluso con lo que carece de valor y de honor. Y este contento en todo es posible si el monje se considera a sí mismo “un obrero malo e indigno” (RB 7,49). San Benito pone en labios de este monje, que se considera obrero, las palabras del salmo 72: “Fui reducido a la nada sin saber por qué; he venido a ser como un animal en tu presencia, pero yo siempre estaré contigo” (RB 7,50; Sal 72,22-23)

Ser un obrero malo e indigno, a la luz de la cita del salmo, no significa tanto ser un obrero que no trabaja, sino que se deja cargar el yugo para hacer la obra humilde que otro dirige. *Iumentum*, aquí traducido por “animal”, etimológicamente significa “animal de carga”, animal que puede llevar el yugo, que lleva el peso sin quejarse, porque no se siente digno de hacer otra cosa, de hacer nada mejor que servir. Normalmente, este animal es el asno. He encontrado un abad que tenía como motivo abacial: “*Sicut asinus* – como un asno”. ¿Por qué no? Una abadesa podría, sin embargo, tomar el de “*Sicut gallina* – como la gallina” dado que es una palabra evangélica con la que Jesús se refiere a Sí mismo (Mt 23,37)...

Por lo tanto, en el contexto de todo el sexto grado de humildad, el obrero, es el que está contento de hacer la obra de otro, y la cita del salmo 72 nos hace comprender que se trata de la obra de Dios. Haciendo la obra de Dios, el monje está cerca de Él, está siempre con Él, sobre todo, si lleva el yugo de Cristo, y lo lleva con Cristo.

Pero es al final del capítulo 7º sobre la humildad cuando se desvela la verdadera obra del obrero del Señor. San Benito dice que, una vez subidos todos los grados de humildad, “el monje llegará pronto a ese grado de «amor a Dios que, por ser perfecto, echa fuera todo temor».” (RB 7,67). Es el amor filial que reemplaza al temor servil. Es como si en la humildad perfecta se concediese al monje vivir con perfección la adopción filial, que el Padre le concede en Cristo, a través del Espíritu Santo.

Todo lo que hace le parece fácil y ligero, porque está movido, más que por el deber, por el amor. Ya no es un jumento, un asno, un animal de carga, sino un hijo del Padre, unido a Jesús, en quien actúa el Espíritu Santo. En efecto, Benito concluye así el capítulo 7º: “Y el Señor se complacerá en manifestar todo esto por el Espíritu Santo en su obrero (*in operarium suum*), purificado ya de sus vicios y pecados” (RB 7,70).

Podría utilizar otros términos, decir “en su monje, purificado ya de sus vicios y pecados”, o “en su hijo”, “en su siervo”... No, utiliza todavía el término “*operarius*”: el que obra, el que hace una obra. Es el obrero del Señor, que ama a Dios y ya no teme, aquel en el que se lleva a término el camino monástico y ascético de la humildad.

Y ahora entendemos que es este obrero, amante y confiado, al que Dios buscaba en la multitud para llevarlo al monasterio y hacerlo recorrer un camino que lo llevase del obrar por deber, como un asno, al obrar como hijo de Dios. Pero sigue siendo obrero, y esto nos recuerda que su gran vocación es la de ser transparente a la obra de Dios, de servir a la obra de Dios, de permitir a la obra de Dios cumplirse en él y a través de él, como la obra del Padre se ha cumplido a través de y en Jesús, y a través de Jesús al mundo.

Al final del capítulo 7º de la humildad, en el fragmento que acabo de mencionar, aparece la Trinidad, porque se habla de la caridad de Dios-Padre, del amor de Cristo, y se alude a la acción, a la obra del Espíritu Santo (cfr. 7,67-70). El obrero purificado de vicios y pecados es, por lo tanto, el obrero del Amor trinitario, de la Comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu que se abre al hombre. Dios obra amando, la obra de Dios es la caridad. El monje está llamado a ser obrero de la caridad de Dios, a encarnarla, a servirla, a difundirla a través de su obra de obrero.

Esto es lo que pocos versículos antes anunciaba el paso del duodécimo grado de humildad, que comenté hace dos semanas: "...durante la obra de Dios, en el oratorio, dentro del monasterio, en el huerto, cuando sale de viaje, en el campo y en todas partes" (RB 7,63).

Es el monje "obrero del Señor", el monje llamado, formado y purificado, para encarnar la obra de Dios, que irradia la obra de Dios en todos los ámbitos de la vida. Él es el sujeto que irradia la obra de Dios. La irradia siendo formado por ella, modelado por ella. Es el obrero de una obra: su identidad también es definida por la palabra "obra", y por el genitivo "de Dios". La obra de Dios lo define así de tal manera que también él es "de Dios", es el obrero del que Dios dice "suyo" (Pról. 14 y 7,70), y que está siempre con Él (RB 7,50). Entre Dios que obra y su obrero, hay una comunión de obra y de vida, una comunión de amor.

Cuando Benito nos dice, con respecto al Oficio divino: "No se anteponga nada a la Obra de Dios" (RB 43,3), debemos pensar en su obrero que está todo él definido por la obra del Señor. Su identidad es definida por la obra de Dios, por esto se llama "obrero". Cuando decimos que nada se anteponga, se prefiera, a la Obra de de Dios, comenzamos a pensar en la puntualidad, en la calidad, en la atención que estamos llamados a llevar a la oración común del monasterio. Y está bien. Pero diría que hay como un nivel más profundo que el monje definido como obrero de Dios, nos recuerda: el nivel de la identidad. Decía que el obrero es definido por la obra; y el obrero de Dios es definido por la obra de Dios.

Así pues, podremos plantearnos una pregunta que quizá no nos hemos planteado nunca: ¿Somos *definidos* por la obra de Dios? ¿La obra de Dios, y pienso en el Oficio divino, *define* nuestra identidad? ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué significa ser definidos por el Oficio, por la liturgia común, por la Eucaristía, como momentos y gestos en los que Dios obra, está presente y actúa de modo específico en medio de nosotros?

Cuando hayamos entendido esto, cuando hayamos entendido en qué sentido el monje-obrero de Dios es definido por la obra de Dios, entonces podremos acompañarlo en la irradiación desde el centro de la Obra de Dios al mundo entero, para ver cómo la Regla nos pide y da el vivir con plenitud nuestra vocación y misión, centrados en la obra de Dios de la liturgia común y movidos a difundir esta obra hasta los confines del mundo.

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist*